





ductoras; el atavío en el campo debe ser sencillo, pero hay ciertos desaliños que exigen mucha preparacion. Sin embargo como la señora era linda y todavía joven, no empleó mas que media hora en vestirse un lijero traje blanco, anudar un cinturon de color de naranja, retorcer con gracia los rizos de sus cabellos en los que habia un nudo de cinta semejante á su cinturon; enfin no preguntó mas que seis veces á Julia si le iba bien el color amarillo.

Julia respondió á la señora que era un embeleso, que el amarillo sentaba muy bien á las morenas, y que ademas podia sin temor llevar todos los colores. La señora sonrió lijeramente á Julia, que no tenia mas que veinte y cuatro años, pero que era extremadamente fea,

calidad que es una prenda en una doncella.

El señor Destival tenia diez años mas que su mujer: era alto, delgado, nada hermoso, y de una fisonomía notable, desgraciadamente la expresion de aquella fisonomía no era de las que anuncian un hombre amable, en quien el caracter hace olvidar la fealdad, era de las que anuncian la suficiencia, el estar pagado de sí mismo, y la pretension continua de ser malicioso; su gorra de campo puesta hácia delante parecia echar el sello á todo esto.

El señor Destival habia sido empleado en las administraciones; con el dote de su mujer habia comprado el cargo de comisario de almonedas que habia vendido en seguida ventajosamente; jamas



hablaba política por no comprometerse, y ni él mismo sabia de qué opinion era; se dió empero buenas trazas el señor Destival para formar una agencia de negocios, tener numerosos clientes, y triplicar sus capitales. Es cierto que el señor Destival daba convites, bailes, refrescos, y que su señora que tenia unos ojos llenos de fuego, y un talante hechicero, hacia los honores de su casa con infinita gracia.

La casa de campo que habitaban de continuo en el estío era bastante grande para poder recibir en ella una sociedad numerosa, y quedarse á dormir siete ú ocho amigos; como Destival que tenia cabriolé no pasaba un dia sin ir á Paris á sus negocios, y algunas veces no volvia á dormir á Livri, la señora (que era

muy medrosa, aunque tenia el mirar de una mujer de caracter), se alegraba mucho de tener en su casa un amigo de su marido.

Un joven con cuatro mil duros de renta no podia menos de ser bien recibido en casa del señor Destival, y aunque no habia mas de tres meses que habia hecho Augusto aquel conocimiento, lo trataban como á un amigo íntimo. Destival lo empeñaba sin cesar á que fuese á verlo sea á Paris sea al campo, y la señora se complacia mucho en tocar la música con él.

Pero dieron las doce, y el señor Dalville no habia llegado. La señora se puso de mal humor; Julia estaba de centinela en una ventana del segundo piso, y el amo iba de un cuarto á otro exclamando:



mando: — ¡Diantre!.. mi amigo Dalville tarda mucho... me habia prometido sin embargo que vendria temprano y estaria aquí para la hora del desayuno.

— Pero ; se acuerda por ventura el señor Dalville de lo que promete! dijo la señora con aire de enfado.

— ¡Oh! tú, ya se sabe, teniendo siempre que decir de él... atacándolo... ; haciendo rechifla de él!...

— Yo, señor, que me importan á mí los gustos ni los defectos del señor Dalville ; ¿ en donde me ha visto vm. jamas decir mal de él?

— Ya sé que es por chancear... pero eres un poco satírica... ; te gusta tirar pullas!... Yo tambien, es cierto, lo confieso, si no me contuviese seria muy mordaz; y aun lo soy con frecuencia sin adver-

tirlo. ; Pero enfin Dalville es un bello mozo!.. bien nacido... rico... con talentos...

— ¡ Oh! talentos..... ; bastante lijeros!

— ¡ Yo lo creia muy diestro en el violin!

— No, señor ; con mucha frecuencia toca en falso... Y bien, Julia, ¿ no ha visto vm. venir á nadie?

— ¡ Ah! Dios mio, no, señora, por mas que estoy mirando... y todos esos quesos que he tomado á Dionisia... qué cosa tan desagradable.

— ¡ Ah! háganos vm. el favor de dejarnos en paz con sus quesos... Suba vm. á la azotea... verá vm. de mas lejos.

— Sí, señora.

Subió Julia, y Destival volvió á la



conversacion : Creo que no dejarás de convenir en que Dalville tiene hermosa voz.

— ¡ Hermosa !... ¡ ah ! de esas voces que tiene cualquiera.

— Me parece sin embargo que canta perfectamente contigo los duos... sobre todo el del *Muletero* de Feideau, ya sabes aquel en que hay : *¡ Qué placer !... ¡ Qué placer !... ¡ y que acaba por cuculillo ! cuculillo !...*

— ¡ Ah ! señor, cuanto me impacienta vm. con sus cuculillos.

— También toca sus contradanzas en el piano...

— ¿ Quién es el que no las toca en el día ?

— Yo, á fe mia ; es cierto que he tenido siempre tantos negocios, que me

he visto precisado á descuidar mi inclinacion á la música. En fin Dalville es alegre, amable, de un humor jovial...

— ¡ Hay dias en que no sabe decir tres palabras seguidas !

— Pero escucha, yo mismo, cuando estoy muy ocupado con un negocio de importancia, no estoy tan amable como de costumbre... eso le sucede á todo el mundo. Vuelvo á Dalville, es rico... joven... ¡ Ah ! qué idea tan deliciosa....

— Pero ¿ qué es eso, señor ?

— ¡ Es necesario que yo lo case !...

— ¡ Casar al señor Dalville ! ¿ Pero quién lo mete á vm. en eso ? ¿ Es acaso negocio suyo ?

— ¿ Pero no me ocupo tambien en los de otros ? Este puede ser muy bueno, y.....



— ¡Ah! señor, ruego á vm. que no se mezcle en casamientos. ¿Qué sabe vm. de eso?

— Me lisonjeo de que sí, señora...

— Un hombre de estudio hacer casamientos; vaya, vaya, eso sería no tener sentido comun... ¿Y su escopeta, señor, se ha acordado vm. de ella?

— Sí, señora, ya he dicho á Bautista que la limpie, y Dalville debe traer á Bertrand, ese antiguo militar, que me enseñará á manejarla... porque ya sabe vm. que anda un lobo en los alrededores; eso es desagradable, y da cuidado.

— ¿Yo pienso que eso no dispensa el hacer una batida en el bosque?

— ¡Oh! no, al contrario, yo soy el

que ha provocado esa medida de seguridad... Yo quiero ver el lobo.

— Hará vm. muy bien, señor.

Se interrumpió la conversacion por el ruido que se percibió en la pieza inmediata. ¡Ah! ya está ahí, sin duda, el querido Dalville, dijo el señor Destival. No dijo nada la señora, pero puso un gesto enfurruñado que hacia adivinar lo que pasaba en sus adentros. Sin embargo la persona que se oyó no entraba todavía y continuaba estregándose los pies en un felpudo. Abrió el señor Destival la puerta del salon, y en lugar de Augusto vió á un hombre pequeño de cincuenta y cinco años, con peluca rubia, sombrerito de paja de ancho vuelo, frac casi cuadrado, calzon corto, y medias de aguas, que se estregaba y se



restregaba los pies en el felpudo de la antesala.

— ¡Eh! ¡es el señor Monin nuestro vecino!... dijo el señor Destival cuando vió al hombrecillo.

Al nombre de Monin, hizo madama Destival un movimiento de impaciencia, murmurando entre dientes: ¡qué fastidio! ¡y qué necesidad teníamos de su visita!...

— ¡Chiton! calla, tiene todavía un fondo de farmacia que vender y una casa que comprar... Quiero que coma con nosotros. Al acabar de decir estas palabras se volvió el señor Destival hacia la antesala en que el señor Monin estregaba aun sus pies en el felpudo.

— Pero qué ¿no entra vm., mi querido señor Monin? ¿qué diantres hace vm. ahí tanto rato?... me parece que hace

muy buen tiempo y que no ha podido vm. enlodarse.

— ¡Ah! voy á decir á vm., al pasar por el patio, iba mirando al cielo para saber si tendríamos tormenta, y he tropezado en un monton de estiercol en que no habia reparado.

— Eso es falta de Bautista: ese estiercol debia haberlo metido á dentro.

— Bien, bien, basta.

Dejó por fin el felpudo el señor Monin, y, levantando hacia el señor Destival unos ojos muy sacados en los que en vano se buscaba pensamiento alguno, dejó escapar una sonrisa que cortó su rostro en dos, pero dominando siempre una nariz de enorme dimension continuamente henchida de tabaco como una pipa sin encender.



— ¿Cómo va el estado de su salud de vm., mi vecino?

— Muy bien, mi querido señor.... entre vm., allí está mi mujer que se alegrará mucho de ver á vm. Entró en el salon el señor Monin y se quitó el sombrero haciendo un profundo saludo á la señora Destival, que respondió á aquella urbanidad con una sonrisa que podria pasar por una mueca; pero el señor Monin tomó la cosa en buen sentido y comenzó su frase inevitable.

— ¿Cómo va el estado de su salud de vm., señora?

— Así, señor... no muy bien en este momento..... tengo mal de nervios..... palpitaciones.....

— Es efecto del tiempo, señora, hoy

hace mucho calor; estamos á los veinte y seis grados tres decimos.

— Veinte y siete, mi vecino, dijo el señor Destival mirando su termómetro.

— ¡Eso es asombroso! en mi casa no hay eso... Sin embargo de estar en la misma posicion, mi mujer dice tambien que de algun tiempo á esta parte no subo yo bastante.

— Y, vecino, ¿por qué no ha acompañado á vm. la señora Monin?

— Está poniendo pepinillos en adobo, y esto la va á ocupar todo el dia. ¡Ah! ¡los limpia con un cuidado! Hoy no saldrá.

— Gracias á los pepinillos, dijo muy bajo la señora Destival, mientras que el señor Monin continuaba haciendo to-



dos sus esfuerzos para encajar aun otro polvo en sus narices.

— Me ha dicho mi mujer : No te necesito Monin, vete á pasear... Entonces he venido á ver á vms.

— Es vm. muy amable, mi vecino. ¿Vm. pasará todo el dia en nuestra compañía?

— Si eso no les sirve á vms. de incomodidad, me quedaré con mucho gusto, porque voy á decir á vms. : cuando mi mujer adoba pepinillos no le gusta ocuparse de la cocina.

— Está entendido, vm. se queda con nosotros. Verá vm. al señor Dalville, un bello joven muy alegre. Su criado, que es un antiguo militar, debe darme una leccion de ejercicio ; porque he sido nombrado general...

— ¿Cómo?

— ¡Eh si! en la batida que se va á hacer.

— ¡ Ah ! ; ya decia yo !

— Pero ¿no será vm. de la partida, señor Monin?

— ¡ Ah ! voy á decir á vm. : si tuviera aun mi barraca, enhorabuena.

— ¡ Señora ! ; señora ! una magnífica calesa entra en el patio, dijo Julia corriendo al salon.

— Una calesa...

— Con el señor La Tomasiniere y su señora.

— ¡ Qué !... ; han venido ! ; Ah ! ; qué amables son !... exclamó el señor Destival, corriendo á la ventana. No participaba madama Destival de toda la alegría de su marido ; se levantó sin embargo para asegurarse de la llegada de sus nuevos huéspedes, y bajó á recibir-



los, porque gentes que tienen una calesa y una librea merecen los mayores miramientos; tambien el señor Destival voló detras de su mujer, dejando allí al señor Monin, que iba á decirle cuantas veces se habia hallado de caza, y que, viéndose solo en el salon acudió á su recurso ordinario, y consiguió, poniendo en ello la mayor perseverancia, el encajarse aun en sus narices dos lindos polvos.

El señor La Tomasiniere, por quien se apresuraban á bajar, era un hombre de cuarenta años poco mas ó menos. Cuando llegó á Paris, de edad de diez y ocho, se llamaba simplemente Tomas, y no se avergonzaba entonces de su madre que tenia una tabernilla en su pueblo. Pero su mansion en la capital mudó enteramente al señor Tomas, al principio

simple dependiente, despues empleado, luego prestando á usura, y por fin haciendo negocios en grande, habia visto el señor Tomas sonreirse la fortuna, especuló sobre las rentas, fué feliz, desde entonces olvidó su pueblo y tomó el tono y las maneras de un hombre del gran mundo. Que se eleve un hombre de la nada al mas alto grado de la fortuna, nada tiene de malo, al contrario, el que lo consigue por su trabajo, y hace por sí mismo su fortuna, deja presumir mas mérito que el que llega sin hacer nada á la cumbre de los honores. Pero lo que no se les perdonará jamas á los advenedizos es el afectar orgullo é insolencia, y que crean que, dándose aire de grandes señores hacen olvidar el nombre y traje que llevaban de ante



mano. El señor Tomas era de este número. Había comenzado por cambiar su nombre demasiado lugareño en el de La Tomasiniere; luego en lugar de empeñarse con su madre para que dejase su pueblo y viniese á gozar de su fortuna, se había contentado con enviarle una suma de dinero para que descolgase el rótulo del *Asno sabio*, y dejase de vender vino; pero le había prohibido venir á Paris cuyo aire era, segun decia, muy mal sano para las mujeres de edad. Había en seguida el señor La Tomasiniere montado su casa, tomando coche, lacayos, librea; había comprado una magnífica casa de campo y una mujer muy linda de diez y ocho años que le habían entregado con veinte mil duros de dote, y que ni siquiera había preguntado si

su marido era hermoso ó feo, porque habiendo recibido una educacion perfecta, sabia que un futuro con coche, tiene siempre bastante linda figura, y que una mujer no está obligada á no mirar mas que á su marido.

El señor La Tomasiniere, hecho ya un petimetre y remedando las maneras del gran mundo, pero dejando siempre traslucir algo *del asno sabio*, decia, viniese ó no al caso: mi tierra, mis bienes, mis criados, mis caballos; solo cuando hablaba de su mujer dejaba de usar del pronombre posesivo. En cuanto á la señora, viva, lijera, atolondrada, y sin pensar en otra cosa que en sus adornos y placeres, no conversaba con su marido mas que para pedirle dinero ó hablarle de la fiesta que queria dar.



— ¡Eh! ya están aquí nuestros queridos amigos, dijo el señor Destival corriendo á dar la mano á madama La Tomasiniere para que bajase del coche, mientras que él admiraba sus caballos y el resplandor de su librea.

— Buenos dias, Destival... Lapierre ten cuidado de mis caballos...

— Señora, yo ofrezco á vm. mis respetos... Lacayos, cubrid mi calesa..... podrá llover dentro... Venimos sin cumplimiento... no incomoda á vms. el que haya traído algunos de mis criados, ¿no es verdad?

— ¡Como qué! tengo donde alojarlos y que darles de comer, respondió el señor Destival mordiéndose un poco los labios, porque la brillante calesa oscurecia demasiado su modesto cabriolé, y

Bautista y Julia que componian toda su servidumbre quedarian tamañitos al lado de uno de estos mocetones que el señor la Tomasiniere llevaba en su comitiva. Pero estas reflexiones no impidieron que continuasen los cumplimientos, y no hicieron mas que inspirarle el deseo de aumentar el boato de su casa; así es que, dando la mano á la joven señora dijo para sí nuestro hombre de negocios: Es necesario que yo case á Dalville, venda la farmacia del señor Monin, y le compre una casa; entonces me echo un lacayito, que procuraré tomarlo negro y vestirlo de encarnado para que se vea de lejos. Se abrazaron las dos señoras:

— Buenos dias, mi querida amiga.

— Buenos dias, mi muy estimada.



— ¡Qué gusto me da vm. en venir á vernos!

— Estaremos aquí hasta mañana.

— ¡Qué bien compuesta está siempre!...

— ¿Le parece á vm. así?

— Pasmosamente... Me gusta mucho esa hechura de vestido...

— Es la última moda... no del todo bastante escotado.

— Pero, sí... Yo quiero uno de ese género... ¡es de buen gusto!

— ¡Ah! es muy sencillo : ¡no viene á costar mas que ochocientos reales! ¡Pero para el campo y para ir á casa de los amigos!... Ya le daré á vm. las señas de mi mercader.

Y la señora Destival hizo subir á la señora La Tomasiniere al primer piso, con-

tinuando en abrumarla á cumplimientos, y fingiendo el júbilo mas vivo para mejor ocultar su secreto despecho ; porque la recién llegada era en efecto linda, muy joven, tenia en sus modales una vivacidad que gustaba, y el señor Dalville, á quien todavía se aguardaba, no se habia hallado con ella. El señor Dalville, tan facil de inflamarse, podia muy bien hacer la corte á la señora La Tomasiniere que podria tambien escucharlo, y todo esto ocasionaba en secreto muy mal humor á la señora Destival, que por lo mismo afectaba mas amabilidad, porque en el mundo es necesario aparentar y decir lo contrario de lo que se piensa, en lo que consiste el gran secreto de saber vivir.

Entró la señora La Tomasiniere en el



salon en que habia quedado el señor Monin, que estaba ya á punto de tomar un nuevo polvo, pero que se detuvo al ver á la petimetra, retrocedió, se quitó su sombrero de paja, y, aunque no conocia á la joven dama, iba á comenzar su frase consabida: ¿Cómo va el estado de su salud de vm.?

Perola petimetra no dejó al ex-farmacéutico tiempo suficiente para tomar la palabra; ahogó con su pañuelo una carcajada de risa que le produjo la figura orijinal del señor Monin, y se volvió á la señora Destival diciendo: ¿Quién es ese?

— ¡Un vecino..... extremadamente rico, ¡pero tan necio como fastidioso!...

— ¡Ah! tanto mejor, ¡nos divertiremos á su costa!... Es preciso reirnos un

poco... ¿Espera vm. mas gente?...

— Si... esperamos un joven... un grande amigo de Destival..... el señor Augusto Dalville... ¿le conoce vm.?

— No, pero he oido hablar mucho de él; se le cita en el mundo por sus buenas fortunas y sus conquistas... Yo me alegraré de conocerlo... En general esas malas cabezas son siempre amables; ¿no es verdad, mi querida?

— Algunas veces..... no siempre..... Por lo demas, vm. lo juzgará por sí misma...

— ¿Dicen que es muy lindo mozo?

— ¡Oh! así, así, una figura regular, á eso se reduce... bastante buenos ojos... pero la boca un poco grande..... labios muy gruesos... No me gustan del todo esa clase de figuras.



— A mí no me gustan las bocas delgadas... ¿Es rubio ó moreno?..

— Casi no me acuerdo... Creo que es moreno...

— Yo me figuraba haber oído decir que Dalville iba con mucha frecuencia á casa de vm....

— No... al despacho de mi marido, á sus negocios...

— ¿No es aficionado á la música?

— Un poco...

— Yo he traído un duo que me gusta mucho, lo cantará conmigo.

— El señor Dalville tendrá sin duda el mayor placer en acompañar á vm..... Perdone vm. mi bella amiga, tengo algunas órdenes que dar... en el campo no se gastan cumplimientos...

— ¡Así lo espero! Yo voy á ver su jardín de vm....

— Vaya vm.... Yo voy á hacer que sirvan el desayuno, iré á avisarlo á vm.

Bajó la petimetra lijeramente la escalera que conducía al jardín, y la señora Destival se fué á su cuarto de dormir, en donde se echó sobre un sillón diciendo á Julia que acababa de entrar :

— ¡Ah! ¡ Julia! ¡ estoy muy incomodada!... no puedo mas, ¡ me ahogo!...

— Bien lo creo, señora, ¡ no es para menos! ¡ no ver llegar á los que se esperan y recibir tanta gente con que no se contaba!...

— ¡ Es cruel Destival! ¡ con su manía de obligar á cuantas personas que encuentra!... ¡ lo mismo haría si tuviese un palacio!